

ACTA DÉCIMA SÉPTIMA

DE LA ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EL LUNES 24 DE FEBRERO DE 1710

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

<i>El P. M. fray Agustín Sanz</i>	—	<i>Don Pedro Joseph Bermúdez</i>
<i>El licenciado don Miguel Cascante</i>	—	<i>Don Pedro de Peralta</i>
<i>El marqués de Brenes</i>	—	<i>Don Jerónimo de Monforte</i>
<i>Don Juan Manuel de Rojas</i>	—	<i>Don Matías Angles</i>

El asunto que dió Su Excia. á los ingenios fué que pintasen el amanecer, en diez redondillas; y si fuese romance en veinte coplas, con la precisión que, en el último verso, la última voz había de ser retrógrada de la penúltima.

Del P. M. fray Agustín Sanz. — Píntase el amanecer, en quintillas que rematan en voces retrógradas.

Cómo ha de pintar un hombre
la Aurora que nunca vido?
y más yo (nadie se asombre)
que de Aurora solo el nombre
me despierta odio al oído

Yo no sé qué es madrugar,
porque eso es de gente vil;
por lo cual, para acertar,
he llegado á preguntar
¿qué es Aurora? en Lima á mil.

Según los poetas quieren
la Aurora es madre del día,
que llora del agua inferen,
mas digan lo que dijeren
la vieron que ayer veía.

Llanto y risa le atribuyen
según lo que han de decir;
tristes, triste la construyen;
mas los que del llanto huyen
suelen de la risa asir.

Por falsa y disimulada
yo, para mí, la tenía;
pues que sale arbolada
riéndose á carcajada,
si llorar á hilos solía.

Quien á la Aurora festeja
que en años al tiempo emula,
claro discurrir se deja,
que si no la llaman vieja
á lo que esto aluda, adula.

Uno mirándola estaba
al tiempo que el sol salía,
y vió que se transformaba,
y el alba que se admiraba
dijo alegre: ay, Dios! soy día!

Salió Febo rozagante
porque el Alba le traía,
y aunque estaba tan infante
desde su cuna flamante
con su luz al aire hería.

De sus rayos las cuchillas
donde quiera que llegaban
nadie podía sufrillas,
pues con estar en mantillas
como navajas sajaban.

Sale el sol con luz avara
y á muy breve rato ciega
á cuantos les da en la cara,
y en diluvios de luz clara
de sombras agena anega.

Declaró la Academia, con aprobación de Su Excia., que en la precisión de las voces retrógradas no se debía observar la rigurosa puntualidad de la común ortografía en las b. b. y las v. v. y así mismo en las c. c., z. z. y s. s.; y así los ingenios que usaron de algunas de estas licencias procedieron conforme á esta declaración y á la autoridad de don Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, fol. 179, donde dice que la letra S. se pronuncia como Z. algunas veces en todas las lenguas, lo cual experimentamos en la nuestra, y es cosa ordinaria en los andaluces.

Del licenciado don Miguel Sanz Cascante.

Del corazón del cielo veo las alas;
sala de luces á sus gritos pronta
ofrece el día al que, á sus mansiones,
con hilo de oro los espacios borda.
La Aurora, con nevada plata riza,
asir sabe la planta más hermosa,
y en ella imprime el rosicler que vierte
cuando la ausencia de su amante llora.
Rayos despuntan párpados del Alba,
aula ofreciendo de jazmín y aromas,
el que aumenta con luces los horrores
que levantaron las pesadas sombras.
Alada pluma de brillante aire
hería con dulzura la tiorba,
donde canta el oriente de su numen
métricas frases de canción sonora.
El leopardo, león, tigre, elefante
el de las puntas dos, la ligera onza,
asno que sufre, con ardiente rabia
testas bajando al que sus pieles dora.
Quién de los aires sería movimiento?
la que es el grano de brillante concha
siendo del cielo flor, de Chipre estrella
y del padre del día precursora.

Desde el tierno gilguero al acre
rosa de plumas tejen misteriosa,
al que pule con hebras carmesíes
el rizado esplendor de que se adornan.
Sol, los que siguen tu veloz carrera
de gozo en sí no caben, porque notan
que con tu amanecer todos se alientan
y con tu anochecer todos se postran.

El que la tierra *ara, ara* le erige;
en ella ofrece el que en los sulcos mora,
con luz la baña, el grano la fecunda
y el altar se rodea de macollas.

Oh! Rey Yero, si explico tu grandeza
y mi pluma no gira, es porque ignora

el delinear las altas maravillas
del que del orbe las regiones baña.

La abeja de las flores nectar *liba*,

hábil de lo que chupa labra pronto
dulce panal que alienta los sentidos,

claro fanal que rondan mariposas.

Cuanto la noche tenebrosa *rasa*

azar parece, mas la fresca aurora

con círculos de luz deshace altiva

la tez pesada de cortina bronca.

La cítara de plata canta el *ría*,

oir pretende amante y bulliciosa

el alba los conceptos que publica

el que, en corriente voz, triunfos pregona.

Con rayos de coral desata el *yelo*;

oh! ley de Rey que oprimes á las ondas,

y las que condensadas fueron piedras

á tu vista se vierten en aljófar.

Sotos y selvas en flamante *lámina*

animal, de robusta altiva trompa,

en élla imprime para dar al mundo

la estampa que demuestras lo que formas.

Maravilla feliz, prodigio *raro*

orar las aves cláusulas sonoras.

cantando dulces al que las alienta

con el suave esplendor de sus antorchas.

Diciendo con voz tierna; ya que *sales*

celas de tu grandeza la memoria,

pues no es bien oscurezcan tus conceptos

las negras plumas que tus timbres borran.

El que rayos despide brilladores

rigle, elegir puede por derroche

del occidente páramos sombríos

y del oriente las pajizas chozas.

Al que por velos de luciente nácar

abras, salba preveen armoniosa,

ofreciendo en las aras de su culto

de los abriles las fragantes pomas.

Del dominio de *Adan*, nada desdeñas
ilustrando con majestad gloriosa
de su país las delicadas flores
con los alientos de Favonio y Flora.

Del marqués de Brenes:

De vencida huyendo va
la densa oscura tiniebla,
porque en rebujada niebla
anuncios de luz *hay ya*.

Las vecindades del día
siente en su esperezo el ave,
y en las hojas que stüave
apacible el *aire heria!*

Oh! Aurora que con iguales
luces, sombras desterrando,
previenes al sol, pues cuando
sus ardores *celas, sales!*

Tu candor hermosa pisa
con huella flamante alfombras
de flores, y al sol dar sombras
de luz, supiste *asir risa*.

Ya muestra en purpúrea tabla
que al orbe viene á dar ser,
y con voz de rosicler
á la selva el *alba habla*.

Al venir la Aurora al valle,
como alegre en él asiste,
todo de esmalte se viste
porque á él festivo *ella halle*.

El oriente anuncia al sol
y, aunque en pálido desmayo,
el monte á su tibio rayo
preste *lobera arrebol*.

Con el brillante lucir
del sol que los campos dora,
á las flores el Aurora
bella en él les *rifó ofir*.

Ser se vé al risueño albor,
con alas de hojas y olores,
en la región de las flores
del aura la *rosa azor*.

Pues con tus hojas tratables
muestras tu púrpura hermosa
en fragante idioma, oh, rosa!
al sol en la *selva hables*.

La azucena en terso traje
que al prado adorna se mira,
y á él quiere cuando respira
que al ámbar que *exhala alaxe*.

Con su esplendor la luz nueva,
en la brillante estación,
para sulcar la región
del aire las *aves seba*.

De plumas sus rizas galas
las aves al aire blando
que, alegres, van desplegando
ya en su eterna *sala alas*.

Ruiseñor, oh, tú que al alba,
con suave sonoras frases,
para celebrarla haces
del gorjeo en que *hablas salva*;

á entonar alegre empieza,
sonoro alado clarín,
y en este ameno confín
no en el ruido que *haces cesa*.

La abeja oficiosa aviva
su medroso, tardo vuelo,
y el dulce néctar del cielo
en las flores *hábil liba*.

La fuente se ve reír,
el arroyo murmurar,
y así allí el mundo hablar
se deja del *rio oír*.

Del árbol el celebrar
el blando rocío es tanto
que, en el verdor, muestra cuanto
la llega su *rama amar*.

Viendo del sol los ensayos
el siempre laurel felice
con verde elocuencia á él dice:
mire que *soy ara á rayos*.

Como el turquí pabellón
da de luz lucientes señas,
las fieras á incultas breñas
todas huyen, mas *no el león*.

Al ver ya que el monte esmalta
Febo con hermosa lumbre,
aquel cordero la cumbre
del empinado *Atlas salta*.

Igual bien á todos haga,
sol, con tu sacro claro,
y alegre al triste pastor
pues á la *zagala halagas*.

Todo el orbe á tu luz clara
se te ofrece en oblación,
donde su veneración
de su respeto *hará ara*.

De don Juan Manuel de Rojas.

Cobarde la noche entabla
su fuga en pasos veloces,
y haciendo sus perlas voces
el jardín al *alba habla*.

La falda funesta dobla
la sombra á la luz rendida,
y su tiniebla vencida
pronto al imperio *albo obla*.

De sus copas se derriba
pródigo con mil primores,
cuanto néctar en las flores
la sabia abeja *hábil liba*.

Zephalo rendido exclama
y, alentando el padecer,
para obligarla á querer
tierno la dice: *amad, dama*.

Coposa se despedía
lluvia de cristal cuajada
de una fuente que, de helada,
hoy llora si *ayer reía*.

Con el bullicioso, frío
caudal de plata, en su apoyo,
la miseria de un arroyo
fácil se deja *oir río*.

Del nardo el árbol nacia,
y el botón que desplegaba
con su fragancia curaba
lo que blando el *aire hería*.

Allí se ve destilar
llanto de goma sñave
al tronco, que también sabe
un tronco á una *rama amar*.

Su vida la selva inquieta
ofrece al sol con desmayos;
y él benigno, aunque en sus rayos
á la Ethiopia *ateza azeta*.

En el jardín observar
pudieron bien los respetos
que, áun en tan nobles objetos,
hablar suele en *raza azar*.

Si he errado al pintar la bella
estación, y la he hecho agravio,
silencio! porque á mi labio
no más yerros *halles sella*.

Al ver á Clicie reir
viendo á su amante volver
el sol, para no caer
se vió de su *risa asir*.

El sueño al arte sacule
la docta naturaleza,
y al ver que la luz empieza
á cuanto le *educa acude*.

La bastarda nube opaca
que al horizonte persigue,
de él el cierzo que la sigue
la destruye *acaso ó saca*.

Ligero alienta su ardor
curso de vuelo y carrera;
si pisa las flores, fiera,
y si el aire *roza azor*.

Del fluvio undoso raudal
los destellos derramados,
al verlos desperdiciados,
lo tuvo la *lama á mal*.

Mas si admira que le estorbe
su grandeza sin estilo,
he de dudar si aún del Nilo
pudo ser del *Ebro orbe*.

El ave que el cielo escala
tan violenta se estremece,
que todo el mundo parece
estrecha á sus *alas sala*.

El corderillo que esmalta
del prado la fresca risa,
si rudos Olimpos pisa,
simulacros de *Atlas salta*.

Al mirar del alba el eco
teme el rubicundo grano
que, aunque verde, en el verano
le corten las *hoces seco*.

Aquí este asunto civil
mi frágil musa concluya;
si hay quien de fácil le arguya
encárguelo en *Lima á mil*.

De don Pedro Joseph Bermúdez:

Qué hermosa la luz regala
los ojos con su esplendor,
pues dudan si el blando ardor
en ella es *halago ó gala*.

Con qué agradable alegría
recibe el mundo á la Aurora!
aunque hoy su hermosura llora
lo mismo que *ayer reía!*

Pero que el aire reparta
risa ó llanto, todo es
esparcir perlas, después
que de ellas deja *atrás sarta*.

Y por eso afable ya
con favores comedidos
á despertar en sus nidos
las dulces *aves se va*.

Y cuando benigna iguala
sus caricias y placeres,
fragancias y rosicleres
con que el prado *alaxe exhala*.

Aunque tan brillante está
el cielo, será mayor
en luz que más tierno albor
fino *arrebol lo verá*.

Cada avecilla su igual
busca con finezas sumas,
y así le peine las plumas
la tórtola *al otro tal*.

Porque de la luz conceiba
la abeja el puro esplendor,
el rocío en cada flor,
vagarosa y *hábil, liba*.

Liberal trasunto es ya
de otra lumbre superior
el sol, en cuyo esplendor
la luz que *adoro oro dá*.

Cuanto zafir acumule
allí el mar le muestra espejo
del cielo, porque al reflejo
el cristal que *él usa azul*.

Para dar á la luz clara
digno culto, á hallar no espera
templo, pues en la ribera
que le tiene á *raya hay ara*.

Allí se mira esparcir,
con fatigado reposo,
aquel rumor bullicioso
con que se hace el *río or*.

Ebros, Nilos, Tajos, Tibres,
corren con rápido anhelo,

porque se hallan sin el hielo
de su prisión *servil libres*.

Busca arroyuelo el favor
que el árbol te da en su sombra,
que en su templanza le asombra
que no le *robas sabor*.

Con qué agradable porfía,
con qué blando movimiento,
haciendo el combate aliento
las ramas al *aire hería!*

La palma el cielo dispara
uno y otro harpón dorado,
declarando que en el prado
del oro de *Arabia hay vara*.

La oliva, que á desatar
empieza el verde follaje
por aquel denso bosqueje,
se ve *ramosa asomar*.

Esquivo el laurel traslada
su antiguo ingrato desdén,
pues el sol en él también
por amante á *Dafne enfada*.

Y si hoy en la salva quieto
te ves, sin fatiga grave,
en irte al mar á ser nave
qué te importa ó *te va, Abeto?*

Sus armas el noto afila
cuando en cada tronco choca
sin mirar si es haya ó roca,
sin ver, si es *aliso ó sila*.

El naranjo que ostentar
quiere áun en flor la nobleza
del fruto, á ofrecer empieza
de su misma *raza azar*.

Abundante, en copia larga,
á cada rama enriquece
el dulce fruto que ofrece,
y del que la *agracia hay carga*.

De la Aurora qué agradables
preseas las flores son,
en cuya ponderación
es bien que tú, *selva, hables!*

Al aire el nacar despliega
la rosa á ser tersa copia
del alba, que en la luz propia
á la sombra *agena anega*.

Clicie allí el rigor acusa
del que ingrato corresponde
á sus ruegos, aunque donde
á su sol allá *los usa*.